
La banalización de la injusticia social

The banalization of social injustice

FECHA DE RECEPCIÓN: 12/06/2018. FECHA DE ACEPTACIÓN: 22/06/2018.

CÓMO CITAR: Rodolfo, E. "La banalización de la injusticia social". Revista Crítica Año III N.º IV, pp. 57-61

Dr. Rodolfo Escalada

Universidad Nacional Rosario (UNR)

 ISSN: 2525-0752

LA BANALIZACIÓN DE LA INJUSTICIA SOCIAL.

Christophe Dejours

Topía Editorial, Colección Psicoanálisis, Sociedad y Cultura,

Buenos Aires: 2006

165 páginas.

El presente trabajo merece la respuesta a una pregunta inicial. ¿Por qué hacer la reseña de un texto que ya posee 20 años y que es de alguna manera es un clásico al interior de la Psicología del Trabajo? Dos son las razones esenciales. Tanto en nuestro país como en la región, nos encontramos en una época de reedición de políticas neoliberales, que tensionan nuestras sociedades con sus ideas y planes de desarrollo económico a expensas del sufrimiento de los habitantes. En este sentido, la obra de Dejours se convierte en un punto de consulta inevitable para comprender, de qué se trata. La segunda razón, es que aunque conocida en el campo de la psicología del trabajo, la psicodinámica del trabajo (a pesar de su epistemología psicoanalítica de base), es aún desconocida en la academia. Con lo cual esta reseña se convierte en un esfuerzo por hacer notar la producción de un lúcido pensador.

Desarrollo

Comencemos por aclarar que este libro se trata de un Ensayo. En el que si bien el autor se basa en los resultados de diversas investigaciones a lo largo de 20 años, es en lo central un esfuerzo de reflexión sobre el "proceso de banalización del mal". Si bien el título nos anuncia el término "injusticia social", el centro está puesto "en el mal".

La pregunta que atraviesa de principio a fin este libro, es entender el proceso por el cual buenas personas dotadas de sentido moral, consienten en prestar su concurso al mal y transformarse casi masivamente en colaboradores. En el comienzo mismo del texto se plantea que a pesar que todo el mundo comparte el miedo por la amenaza de una eventual exclusión por la pérdida del trabajo y la pobreza, no todos comparten que las víctimas del desempleo serían víctimas de una "injusticia". Con lo cual nos encontramos con un clivaje entre sufrimiento e injusticia, fundado en una actitud de resignación, tolerancia, ante una cierta causalidad del destino originada en una cri-

sis de orden sistémico. La adhesión a un discurso economicista sería una manifestación del proceso de banalización del mal, con la consiguiente desmovilización de los colectivos, de la población, que quedan expuestos al “sufrimiento” y sus consiguientes daños psicológicos y sociales.

Con el fin de poder avanzar en la relación entre sufrimiento e injusticia, Dejourns sitúa al trabajo entre el sufrimiento y el placer, planteando que detrás de la vidriera del progreso se revela un mundo de sufrimiento en el trabajo. Entre sus formas típicas se destacan: el temor a la incompetencia; estar forzados a trabajar mal (ante contradicciones que se presentan entre el saber hacer de un operario y las restricciones que la organización del trabajo suele presentarle); sin esperanza de reconocimiento (no siendo reconocido por pares o jerárquicos y de esta manera no pudiendo reconvertir esos esfuerzos de sufrimiento en placer); sufrimiento y defensa (si el sufrimiento no está acompañado por una descompensación psicopatológica, es porque el sujeto despliega contra él ciertas defensas que le permiten controlarlo). Sobre este último punto, es central agregar que a los mecanismos de defensas ya descritos por el psicoanálisis, se suman defensas construidas colectivamente por los trabajadores. Una defensa clásica es la negación al tratamiento de ciertos temas, por ejemplo no hablar de la muerte, en trabajadores de industrias como la minera o la construcción.

Dejourns elabora una notable inversión. En lugar de preguntarse cómo enferman los sujetos por causa del trabajo, se pregunta cómo hacen la mayoría de los sujetos para no enloquecer en el trabajo. Así la normalidad sería el resultado conquistado en una lucha contra la desestabilización psíquica provocada por el trabajo.

Presentados estos postulados, el autor realiza una pregunta potente. ¿Tienen el sufrimiento en el trabajo y la lucha defensiva contra el sufrimiento una incidencia sobre las posturas morales singulares y, más allá de ellas, sobre las conductas colectivas en el campo político? La respuesta a la misma desencadena una serie de aportes centrales, como lo es la hipótesis de que las organizaciones políticas y sindicales, si bien se han ocupado de los aspectos económicos de los trabajadores, se han desentendido del tema del sufrimiento en el trabajo. Esto constituiría un error histórico, ya que en primer lugar impidió el desarrollo de investigaciones sobre el sufrimiento psíquico, privándose así de ideas y medios para la acción. Por otro lado, las investigaciones en psicología del trabajo, avanzaron en una cantidad de campos (in-

cluidas las empresas), pero no en los sindicatos. Finalmente la consecuencia más nefasta, sería que indirectamente estas organizaciones propiciaron (al no abarcarlas), una actitud de tolerancia frente al sufrimiento subjetivo. Entre los distintos temas mencionados, consideramos que la falta de comprensión de estas problemáticas, llevó a no poder generar herramientas para intervenir ante la emergencia del miedo y la sumisión ante las lógicas neoliberales. El proceso de precarización, de los trabajadores que viven bajo la amenaza de despido, produce un aumento de sufrimiento; neutraliza la movilización colectiva contra el sufrimiento, la dominación y la alienación; produce silenciamiento como estrategia defensiva, y por sobre todo aumenta los niveles de individualismo. Precarización que de todos modos queda al servicio de la producción, ya que la generación del miedo, por medio de la amenaza, tiene como correlato un mayor celo en la producción. Lo decisivo es la movilización subjetiva de la inteligencia. No obstante, para que estas tensiones puedan sostenerse, se plantea que además del consentimiento, resignación o sumisión, se necesita una estrategia de “distorsión de la comunicación”. Dichas estrategias se basan en una mentira instituida, entre la experiencia cotidiana y un discurso de éxito de la organización del trabajo. Lo real es aquello que, en la experiencia del trabajo, se da a conocer al sujeto por la resistencia al dominio de la técnica. Esta cuestión es atendida por medio de métodos y sistemas de gestión, que en lo esencial, no dan cuenta de la realidad operativa, pero que establece un discurso sobre cómo debe hacerse. La negación de lo real de trabajo constituye la base de la distorsión comunicativa. En su desarrollo, Dejourns plantea, cómo se produce una racionalización, en la cual la presentación de los logros y resultados, esconden el hecho de que los trabajadores una y otra vez deben apelar a su propia creatividad para dar cuenta de problemas que la organización del trabajo desconoce. Así toda información sobre el estado de las cosas, se basa en una mentira, pero que al erigirse desde métodos y técnicas supuestamente rigurosas, se lleva a cabo una racionalización de la mentira, con el consiguiente aumento del sufrimiento ético por parte de los trabajadores. Ya que para poder cumplir con los objetivos planteados, los mismos trabajadores deben mentir y hacer las cosas bajo otras modalidades, cuando los métodos y las técnicas de la organización del trabajo no dan cuenta. En suma, la mentira, es un mal necesario e inevitable.

Al punto de estos desarrollos, el autor vuel-

ve sobre el problema del alistamiento de las “buenas personas”, dotadas de sentido moral, que serán los ejecutores del mal y la injusticia contra el prójimo. Entendiendo por mal la tolerancia a la mentira, su no-denuncia y la colaboración en su producción y difusión. Dicha tolerancia requiere de un dispositivo específico para alistar y movilizar, por ejemplo, a la buena gente en la estrategia de la mentira, de despidos, de intensificación del trabajo y violación de los derechos laborales. Hacer el “trabajo sucio” (inversión de la razón ética), se sostiene al hacerse en nombre del trabajo, de su eficacia y de su calidad. Así despedir trabajadores o aumentar la producción y rendimiento hasta el extremo, es valorable para aquellos que tienen coraje (y que por tanto no son cobardes). El principal ingrediente de este coraje es la virilidad, entendida con la vara de la capacidad de violencia que se puede cometer contra el prójimo. El líder del trabajo del mal es ante todo un perverso que utiliza la “amenaza de castración como palanca para la banalización de mal. Dicha amenaza permite invertir el ideal de justicia en su contrario. No obstante en el texto queda claro que dicha inversión del sentido moral (hacer el trabajo sucio), no está exenta del sufrimiento que plantea la activación del conflicto entre “racionalidad pática” y “racionalidad moral práctica”. En este caso, el sufrimiento es primero y la virilidad no sería una virtud, sino un mecanismo de defensa posterior al sufrimiento. Para seguir viviendo psíquicamente, participando del trabajo sucio y conservar el sentido moral, muchos hombres y mujeres que adoptan comportamientos viriles elaboran conjuntamente “ideologías defensivas” con las cuales se va construyendo la racionalidad del mal. Esto implica un proceso de negación del sufrimiento por hacer el trabajo sucio. Entre los distintos fundamentos aportados, nos parece vital por el momento histórico en el que nos encontramos, mencionar que el realismo económico funciona como una ideología defensiva, toda vez que sobre la base de criterios supuestamente científicos el trabajo sucio es necesario.

Tras lo expuesto, debe plantearse que las estrategias defensivas presentan ambigüedades. Las relaciones sociales en el trabajo pueden subvertir las relaciones de dominación, mediante la dinámica del reconocimiento que hace el otro de la contribución del sujeto a la gestión del desfasaje entre la organización prescripta y la organización real del trabajo. Retribución simbólica que puede inscribirse en el registro de la autorrealización. El trabajo resulta así ambivalente, pudiendo gene-

rar alienación y enfermedad mental, o autorrealización, sublimación y salud. Para profundizar en su ensayo, Dejours retoma el nazismo, con el fin de reflexionar sobre la pregunta inicial (sobre cómo las personas buenas pueden llevar adelante prácticas vinculadas al mal), y realizar así un contrapunto entre un sistema totalitario y el neoliberalismo. Los detalles de tal producción escapan a la posibilidad de la presente reseña, por lo que avanzaremos con una sinuosa articulación de conceptos fundamentales.

La violencia, la injusticia, el sufrimiento infligidos al otro sólo puede ubicarse del lado del bien si han sido cometidas en el marco de una obligación de trabajo o de una “misión” que estaría sublimando su significación. No obstante, aunque esto podría funcionar como justificativo de la violencia, la injusticia o el sufrimiento infligido a otro, no puede neutralizar el miedo. Por lo que la virilidad termina sosteniendo la lucha contra las manifestaciones del miedo, prometiendo prestigio a quien enfrenta la adversidad y amenazando al que huye. Considerando el lugar de la virilidad en la distorsión social, donde el mal pasa por bien, los procesos psíquicos individuales y sociales apelan más a la virilidad defensiva que al coraje moral. Estrategias que son construidas socialmente. Substraerse a las estrategias colectivas de defensa, es exponerse a la vergüenza, el desprecio y la exclusión. Es típico de algunas actividades como los obreros de la construcción en la cual oponen el riesgo a una negación de la percepción y una estrategia por la cual transforman el riesgo en burlas, desafíos. Así, todos tienen que participar en los colectivos de trabajo adoptando a veces la posición de la víctima que se somete a la prueba y a veces la posición del que impone la prueba y la violencia al otro. De esta manera la virilidad defensiva termina en el desprecio por el débil, o en el odio hacia este, porque perturba un equilibrio de por sí frágil.

Tras la consideración del trabajo de Hannah Arendt y sus propias reflexiones sobre el nazismo, Dejours plantea el problema de la indiferencia y la tolerancia crecientes en la sociedad neoliberal frente a la infelicidad y el sufrimiento de una parte de nuestra población y la ausencia de indignación y reacción colectiva frente a la injusticia de una sociedad cuya riqueza aumenta mientras que simultáneamente crece la pauperización de parte de su población. Retomando el comportamiento defensivo normopático (registrado en el caso Eichmann), éste funciona frente al miedo a los riesgos de precarización provenientes del exterior. La

facultad de pensar se suspende sólo en un sector preciso de la relación con el mundo y el otro, sector psíquico que está en relación directa con la infelicidad del otro (clivaje del yo). En tanto que a facultad de pensar sigue ejerciéndose de manera correcta. La banalidad remite a la posible frecuencia de estas posturas mentales entre los miembros de una comunidad. Y es allí donde Dejours afirma que la división social del trabajo está favoreciendo incuestionablemente el estrechamiento concéntrico de la conciencia, de la responsabilidad y del compromiso moral. Ese proceso es la banalización, no son mociones psicológicas sino decisiones políticas con la amenaza de precarización y exclusión social. Estas estrategias individuales de defensa (anteojeras voluntarias), se hacen en función de la distancia entre el sujeto y el teatro en donde se ejerce en forma directa la violencia. Para quienes están en el teatro de operaciones del mal (campo proximal), es imposible recurrir a las anteojeras voluntarias. Mientras que quienes no están implicados, pueden recurrir a las anteojeras voluntarias. Las víctimas están alejadas y pueden ser relegadas a un mundo distal. Pueden entonces distinguirse dos grupos, uno en función de su proximidad con el teatro del mal y de la injusticia, y el segundo, de las estrategias defensivas utilizadas contra el miedo. Uno es el grupo de los “colaboradores”, el otro el de la parte de la población que “consiente”. La articulación de ambos grupos está dotada de un gran poder social y político.

En pos de la comprensión de la articulación de este dispositivo, se formulan dos preguntas. ¿Cómo hacen la mayoría de los sujetos dotados de sentido moral para sostener el clivaje de su personalidad? ¿Cómo es posible que la sociedad pueda generalizar y unificar los clivajes? Ante todo se debe tener en cuenta que el sector clivado (suspendido en el sentido moral), se caracteriza por la suspensión de la facultad de pensar. Se debe excluir para todos el mismo miedo a la infelicidad generada socialmente por la manipulación neoliberal que designamos como “precarización”. La banalidad del mal se apoya en un dispositivo compuesto por capas que resultan eficaces para la neutralización de la movilización colectiva. La primera capa constituida por los líderes de la doctrina neoliberal (personalidad de tipo perverso o paranoico), la segunda capa constituida por los colaboradores directos, en las proximidades o en el terreno mismo de operaciones (el motivo del compromiso es la defensa y no el deseo), y la última capa de quienes recurren a estrategias de defensa individual contra el miedo, que culmina con

el consentimiento masivo a la injusticia.

Dejours se pregunta si cuando se inicia el proceso de banalización del mal, ya no hay alternativa posible. Y responde que sí, pero que habría que cambiar el objetivo de la lucha contra la injusticia y el mal, por el proceso mismo de la banalización.

El problema no es el del mal en general, sino el de la banalidad del mal. A la luz de la psicodinámica del trabajo, la banalidad del mal es el resultado de un proceso de banalización que no puede funcionar únicamente sobre la base de la virilidad defensiva y exige paralelamente una estrategia de distorsión comunicativa. La mentira es indispensable para la justificación de la misión y el trabajo del mal. No hay banalización de la violencia sin un trabajo riguroso sobre la mentira, su construcción, difusión, transmisión y, sobre todo, sobre su racionalización.

Ya cercano a la finalización del ensayo, el autor comenta que las amenazas, la injusticia no son cosas nuevas o extraordinarias. Que lo nuevo es simplemente el hecho de que este sistema pueda pasar por razonable y justificado, que se lo considere realista y racional, que una mayoría de los ciudadanos lo acepte e incluso lo apruebe y, finalmente, que hoy se lo preconice como un modelo que hay que seguir, en el que toda empresa tendría que inspirarse, en nombre del bien, de lo justo y de lo verdadero. Lo nuevo es que un sistema que produce sufrimiento, injusticia y desigualdades se lo tenga por bueno y justo. Lo nuevo es la banalización de las conductas injustas que constituyen su trama.

Aludiendo a las diferencias entre el nazismo y el sistema neoliberal, Dejours establece que las mismas no residen en el proceso lógico de la banalización. La diferencia se ubica en un momento previo. En el caso del neoliberalismo, el objetivo es la búsqueda de utilidades y poder económico. En el caso del totalitarismo es el orden y la dominación del mundo. Por lo que los medios del neoliberalismo se asientan en la intimidación, en tanto que en el nazismo es el terror. Debe señalarse que la dinámica psicológica de banalización no es posible por su naturaleza misma, sino porque es impulsada (en la actualidad), movilizadora y puesta en marcha por el trabajo. Razón por lo cual éste es un tema que no compete a la psicología en general, sino a la psicodinámica del trabajo. El elemento decisivo que hace volcar la relación con el trabajo del lado del bien o del mal, en el registro moral y político, es el miedo. No el miedo en general, sino el miedo que se instala en la relación con el trabajo

mismo. El miedo puede transformarse en un medio eficaz para atenuar la conciencia moral y promover el acatamiento de las normas en el ejercicio del mal.

El análisis del proceso de banalización del mal, por el cual la buena gente se deja alistar, revela la importancia de la dimensión subjetivo-pática en la organización de las conductas. Debe admitirse la existencia de una “racionalidad pática” que debería ser aceptada en la teoría de la acción y que es esencial para poder comprender la extraordinaria tolerancia social frente a la acentuación de injusticia y la infelicidad.